

Vitoria, 27 junio 2013

La función del historiador es proporcionar un relato acerca de lo ocurrido en el pasado, basado en el rigor de una localización y crítica de los restos de éste, que permita comprender las claves de cómo y porqué sucedieron las cosas.

La realidad, pasado o presente, se produce por una multiplicidad de causas; las cosas no se producen por un solo motivo.

El historiador da cuenta de la complejidad con que se produce la realidad, expone las diferentes causas que ha localizado como generadoras de los hechos e, importante, formula razonadamente una jerarquía de esas causas, señalando las que entiende como principales y como secundarias, aunque relevantes.

++++++

En el epílogo de uno de estos dos libros, sus autores se preguntan “Por qué ha prendido la violencia en Euskadi”.

Para responder a esta crucial cuestión de nuestra historia reciente establecen tres niveles de análisis, siguiendo un esquema utilizado por Donatella della Porta: un nivel estructural que remite a la condiciones históricas; un nivel más cercano de acciones, que habla de lo que hicieron los grupos; y un tercero, casi de nivel micro, centrado en las decisiones, que lógicamente se refiere a lo que hicieron las personas.

Estructuras, grupos y personas. Condiciones históricas, acción de los grupos y decisiones de las personas.

Los dos autores de estos dos libros tienen en cuenta la importancia de las condiciones estructurales, informan pormenorizadamente de las acciones de los grupos, pero consideran que las decisiones de las personas constituyeron la referencia más importante en la jerarquía de causas.

Estamos pues ante unos autores y unos libros que se apoyan en el argumento y factor decisional.

++++++

La elección identifica con precisión la posición de la nueva generación de historiadores vascos que tanto Gaizka como Raúl representan de manera muy destacada en estos dos libros.

Las generaciones que investigamos y escribimos en los ochenta y noventa éramos hijos del estructuralismo, muy influido –que no igual o equivalente- por el marxismo.

No solo era una manera de explicar y narrar (mal) la historia, de construir y proyectar el relato histórico. También era la manera como entendíamos que se producía la realidad: la pasada o histórica y la que se estaba desarrollando ante nosotros en los decisivos días del tardofranquismo y de la transición.

Éramos producto, hijos o prisioneros de las estructuras, la consecuencia casi inevitable del peso de las circunstancias. Lo pensábamos así de nosotros y de los personajes o grupos que estudiábamos.

Era la manera de pensar de la época, el espíritu de ese tiempo: importaban las estructuras y en ellas intervenían los grandes colectivos humanos (las clases, las naciones...). No había personas ni decisiones personales. Incluso no se prestaba atención a lo incontrolado, al factor de causalidad casual; éramos hijos de un pensamiento social pretendidamente científico que se ufanaba de su capacidad para saberlo y entenderlo todo.

++++++

No había personas y, entonces, no había “human agency”, decisiones personales que contribuían a empujar los hechos en una u otra dirección.

Y como no había personas ni decisiones, no había ni responsabilidad por los hechos ni sentido moral alguno. En todo caso, ese sentido venía determinado por lo que pre-estableciera la ideología o la doctrina política, una compañera muy pegajosa entonces.

No había responsabilidad moral en sujetos que solo formaban parte de grupos más amplios que se movían por mor del peso de las estructuras y de las circunstancias.

++++++

Entonces, las explicaciones estructuralistas de los ochenta y noventa, en lo referido a la pregunta de origen –“Por qué ha prendido la violencia en Euskadi”-, remitían a la influencia y determinación de la larga dictadura, de la represión de postguerra (argumento falso que solo tiene consistencia en lo referido a la fase última del régimen), del cambio generacional (pero solo) del nacionalismo vasco, de los cambios sociales y económicos en el País Vasco (motivados por el mismo desarrollismo que en el resto de España), del entorno internacional (crisis del 68, justificación de la violencia de extrema izquierda y nacionalista por intelectuales, antiimperialismo y discurso antiburgués, etcétera).

Basta releer a los clásicos decentes, como Corcuera, Recalde, Florza, Solozábal o Gurutz Jáuregui, para contemplar su obsesión por ver cómo se cumplía el aserto previo de que nación y clase debían confluír en algún punto, o cómo desarrollaban esa canónica explicación estructuralista que hacía de los hechos políticos o culturales consecuencia de las causas económicas y sociales. Igual que otros, como Juaristi, Aranzadi y Unzueta que se centraban en las evoluciones internas del nacionalismo vasco como argumento estructural central. Por no citar a los legitimadores como Ortzi o, en menor medida, Ybarra, que se aplicaban al argumento de la inevitabilidad del recurso al terrorismo en nuestro país.

Cada tiempo, cada generación, hace su historia a partir de sus preguntas. Aquella fue la nuestra.

++++++

Desde comienzos del siglo XXI vivimos un “espíritu del tiempo” más conservador, que tiene por consecuencia la mayor consideración de la responsabilidad personal, del decisionismo, a la vez que el cuestionamiento del cientifismo típico del estructuralismo, en beneficio de la jerarquía de razones que empiezan en la decisión de personas concretas e incluso en el caos como causalidad (remedando a Popper).

La bendita y tontorrón moral de la izquierda post68ista se basaba en que nadie era culpable porque todos éramos producto de las circunstancias. La maldita y exigente moral de la derecha posterior a la revolución conservadora de los setenta indica que cada cual atesora el bien y el mal, al margen de los condicionantes, y que ha de ser responsabilizado por ello.

++++++

Lógicamente, lo anterior no quiere decir que toda la producción intelectual de este tiempo sea conservadora, sino que conforme al espíritu del momento acude a una jerarquía de causas distintas, porque el paradigma explicativo de la realidad ha cambiado, es otro.

Ahora sí que hay personas y decisiones, y por lo tanto responsabilidades y consideraciones morales sobre el uso de la libertad de los individuos y grupos que han actuado en la historia (en nuestro caso, reciente).

Y la consecuencia es la atención a la microhistoria y a un plano más empirista de las cosas, sin perder de vista –que no lo hacen- el peso de las estructuras y la acción de los grupos.

++++++

Estos dos libros de esta nueva generación de buenos historiadores vascos no pierden de vista los corsés de la historia previa, pero analizan de manera principal cómo actuaron personas y grupos en esos escenarios. Se vuelven así a un sano empirismo, no positivista porque “regresa” del conocimiento de las perversiones del estructuralismo y porque no parte de la ingenuidad tradicional de que los hechos hablen por sí solos.

+++++

El resultado en los dos casos es un cuestionamiento de decenas de lugares comunes que fabricamos las generaciones del tardofranquismo y de la transición, tanto los ciudadanos como sus intelectuales.

Cuestionamientos de reiteraciones falsas como que la represión franquista fuera mayor aquí (solo lo fue, de modo determinante, después de 1968), que existiera una fase buena de ETA y otra criminal (una ETA buena y otra mala), que hubiera una idea cabal, prefijada y compartida para llevar a la democracia constitucional al brazo civil de una organización terrorista (o sea que, como Suárez, Mario se manejó por intuiciones y sin planificación ninguna; así se produce la historia) o que los líderes consiguieran conducir ese tránsito sin resistencias en una organización política gobernada por un alto nivel de democracia interna y otra terrorista dispuesta a dejar de serlo.

Todos los mitos referidos a la ETA buena y a la simpática Euskadiko Ezkerra –nuestro segundo voto de todos, de haberlo tenido– forman parte también del relato falsificado (o al menos acomodado) de los que perteneciendo a aquellas dos generaciones un día, un mes, un año o siempre justificamos a ETA y al terrorismo, y tras darnos de baja de esa barbaridad preferíamos pensar que todos, esas organizaciones y nosotros mismos, hicimos ese viaje feliz y sin tensiones del brazo, como hijos de un mismo tiempo y de una misma historia.

+++++

Pues no. Estos dos libros de estos dos magníficos jóvenes historiadores vascos hablan de la contingencia y de la complejidad, del auténtico material humano que constituye el relato histórico.

Y por eso describen y explican cuán difícil resultó sacar esas ideas felices adelante y cómo ellas se debieron muchas veces al propio acomodarse de algunos al cariz que tomaban los hechos. O, por decirlo con un ejemplo, si la primera Euskadiko Ezkerra hubiera desplazado a HB en la competencia electoral, ¿hubiera realizado el tránsito que hizo?

No olvidemos que, para todos, el sentido moral viene detrás en el tiempo de los sentidos táctico y estratégico, que si la opción de la violencia política es una decisión personal y grupal, su renuncia también lo es: se elige no pegar tiros para lograr objetivos políticos porque deja de ser eficaz el recurso, y luego porque se considera inmoral.

Quiero decir que, como explican Raúl y Gaizka, también en los pms y en EE, en la ETA buena, primero surgió la convicción y la evidencia de lo irrelevante o estéril del terrorismo, y luego, pasado el tiempo, la de su inmoralidad.

No hay historias felices; solo hay Historia. Y para estropear ese deseo humano de los relatos perfectos y bien acabados, de las biografías impecables, estamos los historiadores. Esa es nuestra función: somos los bufones de la sociedad, pero solo que al revés. No contamos cuentos; solo tocamos los pies.

+++++

Y solo con la manera de hacer historia de Gaizka y Raúl se puede descubrir la importancia del héroe por excelencia, del traidor a los suyos y a su historia, del que se rebela e impone a sus circunstancias.

El traidor es el nivel máximo en la escala de los heterodoxos y los disidentes. Es el que se planta ante los suyos y ante su historia, ante lo que se espere de él, y les dice a todos que por ahí no es.

Solo esos héroes traidores cambian el discursar natural e irrefrenable de los hechos. Solo los traidores explican con sus acciones y decisiones que la historia no es fatal, que no está prefijada, que no es consecuencia de las estructuras ni del espíritu del tiempo.

+++++

Reivindicar y reparar en la acción del héroe traidor como sujeto de la historia es reivindicar la libertad individual, la posibilidad de que las cosas puedan ser diferentes, la importancia de asumir nuestra condición de contemporáneos; esto es, de que por encima de doctrinas e ideologías, de pertenencia a clases o grupos, de lealtad a cofradías y partidos, solo somos contemporáneos si nos posicionamos individualmente en relación al tiempo y al espacio, al lugar concreto en que nos ha tocado vivir. Lo demás es ideología, doctrinarismo hueco y política mal entendida.

+++++

De estas cosas hablan estos dos libros. Como decía Benedetto Croce, toda historia es contemporánea, toda atención prestada al pasado no es sino preocupación por el presente, por nuestro presente.

Estos dos libros saldan cuentas con ese pasado nuestro, pero sobre todo nos invitan a un presente de sujetos contemporáneos donde todos tenemos la oportunidad de ser héroes traidores, de revelarnos contra nuestra historia e imaginar y empujar un futuro diferente, nuevo, no prefijado.

Estos dos libros nos explican que sí había otra opción distinta cuando algunos empezaron a pegar tiros para conseguir objetivos políticos, pero también que sí pudieran desarrollarse los hechos de otra forma cuando algunos pocos decidieron romper esa lógica.

+++++

Estos dos son libros formidables de dos historiadores jóvenes formidables. La buena historiografía vasca de los últimos cuarenta años tiene un banquillo de oro. Y lo tiene porque, a diferencia de otros lugares, sabe que tiene un idéntico compromiso para cuestionar las mentiras piadosas acerca de la historia que fabrican o que sostienen con diferentes formas, pero con similares objetivos, el poder y la propia sociedad de ciudadanos.

Y rectificar a los segundos, en los tiempos populistas que corren, es tarea de valiente y de auténticos profesionales.

Por eso yo les doy la enhorabuena, les animo a seguir en ese empeño y les invito a ustedes a leerles y a reflexionar sobre cuanto nos dicen.

Muchas gracias.